

**DESDE EL
JARDÍN, LAS
ESTRELLAS**

Ana Ulla Miguel

DESDE EL JARDÍN, LAS ESTRELLAS

Copyright © 2015, 2016:

Por los textos: Ana Ulla Miguel

Por las imágenes: Rita Landeiro Suárez

Composición de portada: Benigno González Castro,
sobre fotografía de fondo propia.

Coordinación editorial: Francisco J. Gil

Revisión y corrección: Tomás González Gorbatikov

Quedan todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en modo alguno sin el permiso escrito de la autora.

ISBN-13: 978-1537291642

1ª edición impresa: 2015

Depósito legal: VG 734-2015

Impreso en España / Printed in Spain. Tórculo
Comunicación Gráfica, Vigo.

Más información:

Facebook: www.facebook.com/desdeeljardinlasestrellas/

Tlf: +34 886 135 435

E-mail: aldanu4@gmail.com

*A Mateo Manuel e a Manuel Mateo.
Este libro tamén é para Beni, Tomás e Dorita.*

Índice

Capítulo 1: La grieta en el muro	9
Capítulo 2: Mateo y sus padres	23
Capítulo 3: Clase de Astronomía en el jardín	29
Capítulo 4: La habitación de Mateo	45
Capítulo 5: Discusión en el comedor	55
Capítulo 6: Un primer encuentro	75
Capítulo 7: Las presentaciones	87
Capítulo 8: La propuesta de Mateo	95
Capítulo 9: Adelina y el campamento ..	113
Capítulo 10: Regreso y reencuentro	121
Capítulo 11: Telescopios Dobsonianos	143
Capítulo 12: Prismáticos para empezar	157
Capítulo 13: La lluvia de Perseidas	163
Capítulo 14: 29 de septiembre	175

Capítulo 1: La grieta en el muro

El lagarto Lorenzo vivía escondido en una grieta del muro que rodeaba el jardín de la casa de Mateo. La grieta era muy confortable y espaciosa y estaba bien camuflada, lo cual es un asunto muy importante, como ya le habían explicado sus padres en su día.

El jardín tenía una hierba abundante y bien cuidada, con muchas flores e insectos y, en el muro, había varias piedras muy cómodas para tomar el Sol en los días soleados o, simplemente, el aire en los días nublados.

Lorenzo no siempre se colocaba en la misma piedra, también como le habían explicado sus padres, por motivos de seguridad, ya que permanentemente debía tener cuidado con los pájaros que sobrevolaban la casa y con los gatos y perros del vecindario. A veces aparecían por allí incluso topos, ratones y ratas, y más de una vez Lorenzo se había llevado un buen susto con ellos. Todavía era

pequeño y verdaderamente tenía que tomar sus precauciones.

Echaba mucho de menos a sus padres y a su familia en general. Él en realidad había nacido lejos de allí, en una zona cercana a una escombrera y, desde luego, mucho más destartalada que la casa de Mateo. No sabía el nombre del sitio, pero sabía que cerca había una fábrica de bloques y materiales de construcción. Seguramente, alguna noche se debió quedar dormido en uno de los palés de piedras que se transportaron para hacer el muro del jardín de Mateo, porque una mañana amaneció en este lugar totalmente desconocido, solo y completamente desorientado.

¡Cuánto lamentó el haber desobedecido a su madre, que siempre insistía en que no se alejase demasiado de la grieta, y menos de noche! La otra grieta, la de su casa. Ahora no sabía dónde estaba, no reconocía nada y no tenía grieta en que refugiarse. Tuvo que poner su cerebro a funcionar a toda prisa, recopilar todos los consejos de supervivencia que había aprendido y poner en práctica demasiado temprano lo que sus padres le dijeron tantas veces que algún día pasaría: valerse por sí mismo.

Así que lo primero que hizo fue buscar refugio: probó a lo largo de los días por varios lugares pero ninguno le convencía de todo. Cambió de ubicación para dormir muchas veces. Esa situación no le gustaba nada y le producía mucha incertidumbre y tristeza, pero por el momento no tenía alternativa. Como el palé de piedras se deshizo en poco tiempo y durante el día por allí pululaban muchas horas dos obreros gritones, se alejó rápidamente de su «punto de aterrizaje» y exploró todo el jardín, las paredes de la casa y los alrededores. Con cautela y con tiempo porque, desafortunadamente para él, comprendió enseguida que no sabría volver a su casa y que tendría que buscarse un nuevo hogar por allí. Para él solo, sin sus padres y sin sus hermanos, sin sus primos y sin nadie. Lloró mucho cuando por fin aceptó su nueva situación...

También buscó comida. Menos mal que eso ya lo sabía hacer bastante bien y se fue arreglando sin adelgazar y reservando energías para crecer como siempre le decía su madre: «Hay que comer bien para estar fuerte y hay que comer de todo para afrontar la vida. Y hay que hacer ejercicio para estar sano»... Ejercicio ya había hecho siempre

bastante y ahora, con esta nueva situación de ir de acá para allá para ver dónde mejor podría acomodarse para vivir, no hacía menos.

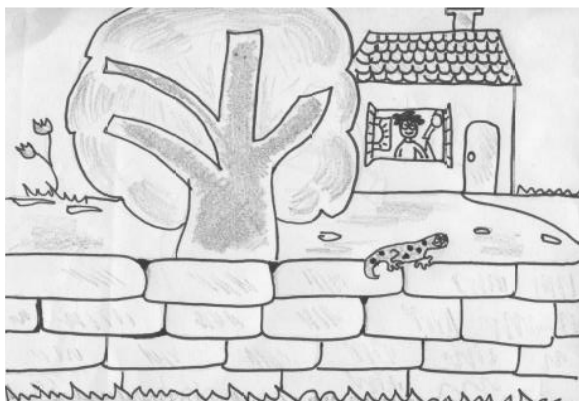
Lo cierto es que no paraba... Bueno, sí: paraba a veces para tomar el Sol en algún sitio protegido. Si no, corría el riesgo de quedarse helado, totalmente descargado de energía y sin fuerzas para hacer nada. Tenía que recargar las pilas, como decía su primo Isma; así que de vez en cuando tenía que parar en sus pesquisas, quisiese o no quisiese.

Con sus exploraciones diurnas aprendió a reconocer algunas pautas de comportamiento regulares de los habitantes de la zona: adultos, niños, bichos, gatos... Sin embargo no encontró ningún otro lagarto o lagarta por las inmediaciones. Y descubrió a Mateo: un chaval flacucho, de gafas, siempre despeinado y que salía de la casa casi todas las mañanas para ir a algún sitio, despidiéndose de su madre con un beso. Eso le daba envidia, claro. Pronto entendió que el sitio al que iba Mateo cinco días por semana era la escuela del barrio, que estaba a diez minutos andando de su casa.

También, aguzando el oído y prestando buena atención, aprendió a desmenuzar las conversaciones de la gente, los ladridos de los perros, los zumbidos de las abejas o de los mosquitos y a sacar conclusiones más o menos válidas sobre los mensajes que intercambiaban. Le parecía todo un barullo y le interesaba poco, la verdad, pero como se aburría porque tenía mucho tiempo y se sentía muy solo, se esforzó por aprender de eso también. «Aprender no ocupa lugar y no sabes cuándo te será de utilidad en la vida lo aprendido, que antes o después lo será, ya verás» solía decir su padre. «Que estudie idiomas», –decía su madre, «que algún día viajará y los va a necesitar». ¡Ni caso les había hecho! Y resulta que tenían razón...

Un día, los obreros gritones terminaron la construcción del muro del jardín y se fueron. Lorenzo se fijó bien y le pareció que había quedado muy bonito y muy sólido. Así que se dedicó a explorarlo a conciencia en todo su perímetro y, ¡voilà!, encontró la grieta que sería su casa desde entonces. Desde ella tenía además una visión panorámica perfecta de la ventana de la habitación de Mateo, salvo por el árbol que estaba entre el muro y la casa y que justo quedaba cerca de esa ventana.

Le intrigaba un poco aquel niño. No es que conociese muchos niños ni niñas, ni a nadie en realidad. Sin embargo veía que en el barrio había bastantes. Jugaban por la calle o iban en bici de una casa a otra. Mateo parecía un poco rarito en comparación con ellos porque no le veía hacer nada de todas aquellas cosas. Así que se dedicó a espiarlo un poco, a ver qué descubría sobre él y sus aficiones. Entre recarga y recarga de pilas al Sol o búsqueda y búsqueda de comida por la zona, ahora que ya se conocía bien los alrededores, mucho más no tenía para hacer, la verdad, y sentía que le sobraba el tiempo.



A Lorenzo le gustaba mucho salir de noche, aunque lo tenía totalmente prohibido: no había Sol, hacía mucho frío, era muy peligroso... Con todo, no lo podía evitar y... así le había ido... Es que quería ver las estrellas, que eran ¡tan bonitas!... Desde la abertura exterior de su nueva grieta también podía ver una buena porción del cielo nocturno. Eso estaba bien, desde luego, pero no tan bien como el espectáculo magnífico que se podía contemplar tirado en la hierba desde el centro del jardín, donde la casa apantallaba la contaminación lumínica de las farolas de los alrededores.

Lo cierto es que desde el centro del jardín de Mateo no se veía el cielo entero pero sí, lo suficiente como para ver circular las constelaciones, la Luna y los planetas a lo largo de la noche. Con un poco de pericia visual, cualquiera podía detectar incluso la Vía Láctea. También se veían aviones y satélites, claro, y, cuando había estrellas fugaces, ¡era todo un espectáculo! Era un sitio bastante privilegiado de observación astronómica para estar ubicado en el medio de una ciudad, lo que no suele ser nada habitual ni fácil de encontrar.

Se estaba acercando el verano. Lorenzo lo sabía porque los días eran largos y muy soleados y las noches eran cortas y templadas. Y porque los niños y niñas iban de manga corta y hablaban muy animados de la excursión de fin de curso, y de quemar los libros. «¿Quemar los libros? ¿Estaban tontos o qué? ¿Cómo iban a quemar los libros?»

No había colegios para lagartos ni para lagartas así que Lorenzo no tenía mucha idea de cómo sería eso de ir a la escuela. Por las cosas que oía comentar a los escolares del barrio, allí les informaban sobre temas interesantes que tenían que ver con los números y para qué y cómo se usaban; la Naturaleza y todos los elementos que la integran; las formas geométricas de las cosas y los materiales de que están hechas; las letras, palabras y frases con que se puede describir todo e incluso inventar cuentos... Ah, y, a todas estas, en varios idiomas... En fin, a Lorenzo le parecía que aquello tenía que ser de lo más interesante y ¡estaba todo resumido en los libros! Así que ¿qué querían decir con eso de quemar los libros? En una tal hoguera de San Juan: eso no sabía lo que era, pero no estaba seguro de que le tuviese muy buena pinta ni de que lo quisiese saber.

Lorenzo se preguntaba si en la escuela también explicarían cosas de las estrellas y si los libros del cole hablarían de ellas: qué son exactamente y por qué brillan tanto algunas y tan poco otras; de qué material están hechas; por qué giran por la noche; si eran siempre igual o cambiaban y esos cambios cómo se podrían detectar; si tenían padres y madres o surgían de la nada en el medio del cielo; a qué distancia estaban y si había alguna manera de ir hasta allí... Tenía muchas, muchísimas preguntas, pero no tenía manera de contestarlas. No tenía escuela a la que ir, no sabía leer los libros en los que potencialmente estarían esas respuestas y no conocía por los alrededores de su nueva grieta a ningún ser viviente a quien preguntarle nada. Le resultaba triste pensar en todo esto porque llegaba a la conclusión de que estaba muy solo. Que, en realidad, lo estaba...

Así que muchas noches, después de haber cargado bien bien las pilas al Sol durante el día, salía con sigilo al medio del jardín y miraba al cielo durante un par de horas, intentando descubrir, por sí mismo, cosas de las estrellas. Después de varias sesiones de observación y de estrujarse el cerebro bastante (y el pescuezo), llegó a pocas

conclusiones y, lo que es peor, con la terrible incertidumbre de que tal vez ni fuesen correctas. Más bien le creció el número de preguntas: «¿se caerían al suelo las estrellas alguna vez como las castañas?, ¿serían comestibles, pringosas, espumosas?, ¿te pasaría la corriente si las pudieses tocar?» ... Y poca cosa concluía.

En fin, que se metía en un berenjenal intelectual del que no sabía salir y le resultaba todo muy frustrante. Ver las estrellas por verlas estaba bien por lo bonito, pero es que él quería saber, quería respuestas válidas, quería adquirir conocimiento. Y veía que eso no se conseguía así como así ni desde luego sólo mirando y pensando. Tendría, por tanto, que conseguir libros, por ejemplo, pero tampoco sabía cómo: con su tamaño y su poca fuerza ¿qué podía hacer?; ¿robaría acaso los libros que los niños querían quemar en la tal hoguera de San Juan? Pero, ¿y cuántos libros necesitaba? Y, sobre todo ¿cuáles? Aquello no era tan fácil. No sabía qué hacer.



Una noche de junio en que Lorenzo estaba con el cuello retorcido y a punto de coger tortícolis de tanto mirar para arriba, algo duro le pisó el rabo. Se quedó petrificado del susto. Además de que se quedó literalmente petrificado porque no podía moverse ni mucho menos escapar del sitio. Una sombra imponente se le echaba encima y Lorenzo corrió el serio riesgo de morir por aplastamiento en aquel lugar y momento. Fugazmente pensó que era muy triste y muy injusto que su corta vida fuese a acabar de aquella insulsa manera. «La vida es así de aleatoria y hay que contar con sus avatares», recordó las palabras de su padre, aunque no

le sirvieron precisamente de mucho consuelo.

La sombra era Mateo mirando también para el cielo con el cuello retorcido, y con una lucecilla roja en una mano y una especie de cartón en la otra, dando vueltas sobre sí mismo, despeinado y con su aire despistado de siempre. Y lo que le pisó el rabo era una de sus zapatillas deportivas que, afortunadamente para Lorenzo, tenía la suela de goma bastante blanda. Entre eso y la hierba mullida de debajo, el rabo no sufrió más que una magulladura y pudo conservarlo en su sitio. Mateo, por supuesto, ni se enteró de que lo pisaba, ni se inmutó, ni miró para el suelo un segundo. En cuanto Mateo dio otra media vuelta y se movió un poco de su posición, buscando lo que fuese que buscaba en el cielo, Lorenzo salió pitando hacia su grieta en el muro y se metió en lo más profundo de la misma. Con el susto que llevaba en el cuerpo no se atrevió a asomarse fuera hasta bien entrada la mañana del día siguiente, cuando el hambre y la piel fría le hicieron salir por puro instinto de supervivencia.

Con su escapada, Lorenzo se perdió lo que Mateo estuvo haciendo aquella noche en el

jardín durante más de una hora. Hay que decir que la noche estaba particularmente despejada y oscura, sin atisbo de nubes y con Luna Nueva. De ese modo, el brillo rutilante de las estrellas, a docenas en el cielo, era casi sobrecogedor. Mateo había decidido aprender a reconocer, por sí mismo, las constelaciones y, con tal motivo, aquella excursión era el resultado de varios días de pesquisas y preparaciones. Primero buscó en internet. Luego se compró un libro con dinero de sus ahorros. Y después, con bastante esfuerzo porque no los vendían en cualquier sitio, consiguió un planisferio (el «cartón» que a Lorenzo le había parecido que llevaba en una mano) que le haría de guía celeste. Como un mapa de carreteras pero del cielo, podríamos decir, para identificar las constelaciones. Además, leyendo por ahí, entendió que también debía llevar una linterna de luz roja poco potente porque le sería útil para consultar el planisferio sin deslumbrarse los ojos continuamente. ¿Cómo habría hecho sino para ver algo de noche en aquel planisferio de cartón circular, azul oscuro y con puntitos blancos representando las posiciones de las estrellas? La linterna roja la construyó él mismo: le puso papel de celofán de un queso

que tenía su madre en la nevera a una linterna suya de cuando era pequeño, que encontró rebuscando por su habitación, y sujetándolo con celo. Ya había gastado bastante dinero en el libro y en el planisferio y había que ahorrar porque, además, no sabía qué más cosas iba a poder necesitar si continuaba con esto de la Astronomía.



Capítulo 2: Mateo y sus padres

Los padres de Mateo eran músicos. Eran también un poco bohemios, y con una vida un poco desordenada en cuanto a horarios de conciertos y actuaciones por salas, bares o locales. Además, daban clases extraescolares en asociaciones y colegios y componían música para anuncios publicitarios y cosas así. Con todo ello se ganaban la vida. Sabían poco de Astronomía o de Ciencias en general y, de hecho, no sabían que a Mateo le interesasen tanto porque con el tiempo le habían ido dejando bastante a su aire. Intentaron durante años inculcarle el amor por la música que ellos sentían pero Mateo tenía poca paciencia para ensayar repetitivamente las escalas, los acordes y todo eso. Aunque escuchar música le parecía muy bien, aprender a tocarla y, más importante todavía, a «interpretarla» como decían sus padres, no estaba entre sus prioridades.

De pequeño probó con varios instrumentos (ya que en su casa había casi de todos), más

para intentar contentarlos a ellos que por interés propio. Pero a los ocho años les dijo claramente que lo sentía mucho, que la música no era lo suyo, que desde luego él no quería ser músico y que, por favor, lo dejaran en paz. Que así no perderían el tiempo ninguno de los tres y se evitarían frustraciones innecesarias.



Con tal convencimiento y rotundidad se lo dijo que sus padres, quizá un poco sobrepasados o sin saber muy bien cómo reaccionar, lo dejaron en paz. Y, tal vez, demasiado en paz. Porque para algunas otras cosas en que Mateo luego quiso que le

hiciesen caso o les pidió consejo a medida que fue creciendo, se encontró con que le dejaban hacer lo que quisiese y ellos no se entrometían. O bien se interesaban poco o nada por lo que les decía, con tal de que trajese todo aprobado del colegio. Y Mateo aprobaba, porque le interesaba saber y para saber estudiaba.

Así, a la edad de 12 años, Mateo tenía muy claro que quería ser astrofísico de mayor. Sus padres no se habían enterado ni a él le parecía que les interesase en absoluto saberlo. Le resultó un poco triste ver que no podía compartir con ellos, con el entusiasmo que a él le hubiese gustado, una decisión tan importante sobre su futuro, que le parecía tan trascendente y que le hacía tanta ilusión.

De repente comprendió que hacerse mayor implica muchas cosas, incluido aprender a ponerse en el lugar del otro y, desde luego, dejar de pensar que uno es el centro del universo (del universo que sea, incluso el de nuestra casa). También implica comprender que todo el mundo tiene su corazoncito, sus sentimientos y sus problemas, incluidos nuestros padres. Un poco más de cortesía por su parte cuatro años atrás para con ellos

con el tema de la música tal vez le hubiese supuesto ahora no sentirse tan solo con sus decisiones de chico mayor. Pero no sabía cómo arreglarlo. Los quería mucho, por supuesto, y ellos a él, por supuesto que también, pero lo de la comunicación intergeneracional se ve que no lo tenían muy pulido (o por lo menos esa era la impresión de Mateo) y empezó a agobiarle un poco el tema.

El caso es que a Mateo, cuando un problema de Matemáticas, (o de lo que fuese), no le salía, además de darle vueltas en la cabeza, le daba por analizarlo, destriparlo y estudiarlo desde todos los ángulos posibles. Hasta que le encontraba solución. O una explicación razonable por lo menos a por qué no le salía. A su manera, y a veces muy rudimentariamente, Mateo aplicaba el Método Científico sin saber que lo hacía. Tal actitud le resultaría muy útil, no tantos años después, en el transcurso de sus estudios secundarios, universitarios y, más adelante, de su vida profesional.

Y lo empezó a aplicar también, desde temprana edad, a los problemas de la vida cotidiana. Después de darle algunas vueltas, decidió que estudiaría un poco de

Astronomía primero y, cuando supiese lo suficiente, invitaría a sus padres a ver las estrellas. Les invitaría una noche para comunicarles o, mejor, intentar transmitirles con conocimiento de causa, su entusiasmo por el cielo y sus enormes ganas de saber lo que fuese de sus misterios. Ahí entendió de paso lo mucho que la Música debía significar para ellos dos y, ¡voilà!, vislumbró una posible vía de solución para lo de la comunicación intergeneracional atascada.

Entonces fue cuando compró el libro de introducción a la Astronomía y el planisferio y se construyó la linterna roja. Comenzó, entonces, las prácticas de observación nocturna en el jardín, como un aficionado más, ávido de aprender todo lo que pudiese de las estrellas, las galaxias, los cometas, bólidos y planetas. Y, ya puestos, del Universo entero en expansión.

Capítulo 3: Clase de Astronomía en el jardín

Lorenzo se moría de envidia viendo lo que veía y escuchando lo que escuchaba parapetado desde su muro aquella noche:

–¿Veis esa estrella de ahí? ¿Y esas otras dos? Son las tres bastante brillantes, comparadas con las de los alrededores, y forman un triángulo, ¿no?

–A ver, ¿cuáles? Yo no me entero...

–Pues ahí, ahí y ahí; las tenemos casi encima.

–Ah, sí, es verdad, yo ya las veo. Mira, pégate a mí y sigue la línea de mi brazo.

–Ah, sí, vale, esas tres; ya lo entendí.

Era Mateo, sobre un edredón extendido en el centro del jardín, enseñándoles a sus padres las tres estrellas del Triángulo de verano.

Después de varios ensayos por su cuenta en noches sucesivas, practicando con el

planisferio y la linterna roja, por fin decidió que ya estaba preparado para ilustrar a otros sobre las estrellas que se podían ver en aquella época del año desde el jardín. Así, un jueves a la hora de la comida les propuso a sus padres una especie de escapada astronómica casera aquella misma noche si querían, o al día siguiente por la noche, como prefirieran. Que les quería enseñar una cosa, les dijo. Desde el jardín. Ellos no entendieron muy bien a qué se refería pero, por no contrariarlo, y porque no tenían ninguna actuación prevista, acordaron salir con él después de cenar.

Era julio y ya no había clases. Anocheceía tarde, como es típico del verano. Así que hicieron un poco de tiempo después de cenar, cada uno con sus cosas, hasta que Mateo apareció a buscarlos, cargando con el edredón de su cama, el planisferio y la linterna, para salir al jardín como habían convenido.

Desde el edredón Mateo seguía:

–Las estrellas de este triángulo se llaman Deneb, Vega y Altair, y cada una pertenece en realidad a una constelación diferente: Deneb al Cisne, Vega a la Lira y Altair al

Águila. Así que el triángulo que forman no es una constelación propiamente dicha, sino una pseudoconstelación o asterismo que pasó a denominarse Triángulo de verano, por 1934 o así me parece.

—Que interesante hijo; y ¿cómo sabes tú todo eso?

—Pues igual que tú sabes que Beethoven compuso diez sonatas de música de cámara para violín y piano: estudiando. Hoy en internet se encuentra casi todo. Y en los libros. Sólo hay que tener cuidado con las fuentes: aprender a distinguir entre fuentes de información fiables y charlatanería es una cosa fundamental para el avance del conocimiento.

A los padres de Mateo no se les podía abrir más la boca del asombro. Ni a Lorenzo, que tampoco perdía detalle de la conversación. Corrían todos el riesgo de que les entrasen moscas o mosquitos (cosa que a Lorenzo no le hubiese molestado en absoluto pero a los padres de Mateo suponemos que sí les habría molestado un poco).

—¿Queréis que os cuente algo de las historias de estas tres constelaciones y de la importancia del Triángulo de verano o mejor